

Lección 1

La influencia del materialismo

Sábado 30 de diciembre

Debemos dar a Dios todo el corazón, o no se realizará el cambio que se ha de efectuar en nosotros, por el cual hemos de ser transformados conforme a la semejanza divina. Por naturaleza estamos enemistados con Dios. El Espíritu Santo describe nuestra condición en palabras como éstas: “Muertos en las transgresiones y los pecados” (Efesios 2:1). “la cabeza toda está ya enferma, el corazón todo desfallecido,” “no queda ya en él cosa sana” (Isaías 1:5, 6). Nos sujetan firmemente los lazos de Satanás, “por el cual” hemos “sido apresados, para hacer su voluntad” (2 Timoteo 2:26). Dios quiere sanarnos y libertarnos. Pero como esto exige una transformación completa y la renovación de toda nuestra naturaleza, debemos entregarnos a él completamente.

La guerra contra nosotros mismos es la batalla más grande que jamás se haya reñido. El rendirse a sí mismo, entregando todo a la voluntad de Dios, requiere una lucha; mas para que el alma sea renovada en santidad, debe someterse antes a Dios (*El camino a Cristo* p. 43).

Si la mente se espacia en forma constante en las cosas temporales, éstas llegan a absorberlo todo y afectan al carácter, de modo que la gloria de Dios se pierde de vista y se olvida. Las oportunidades que están al alcance de ellos para llegar a ser versados en las cosas celestiales, se pasan por alto. Muere la vida espiritual...

Depended plenamente de Dios. Si obráis de otro modo, conviene que os detengáis. Deteneos donde estáis, y cambiad el orden de las cosas... Clamad a Dios con sinceridad, con hambre en el alma. Luchad con los instrumentos celestiales hasta que obtengáis la victoria. Poned todo vuestro ser en las manos del Señor, alma, cuerpo y espíritu, y resolved convertirlos en su instrumento amante y consagrado, impulsado por su voluntad, dominado por su mente, saturado de su Espíritu... Entonces veréis claramente las cosas celestiales (*Hijos e hijas de Dios*, p. 107).

Satanás tiene hoy gran poder en el mundo. Se le ha permitido tener esta tierra como propiedad por un tiempo limitado. Durante este período, mientras prevalece la iniquidad, se da a los hombres y las mujeres la oportunidad de tomar posiciones. En toda forma posible Satanás trata de hacer que el camino ancho resulte atractivo y el angosto penoso, humillante y objetable. Traza planes ingeniosos para inducir a los hombres y

las mujeres a dar rienda suelta al apetito. Los placeres vulgares que no proporcionan verdadera satisfacción se multiplican en esta era degenerada. Satanás arroja su hechizo sobre estas diversiones, que eclipsan las verdades eternas... Cristo venció en nuestro lugar. Era el único que podía ser un Salvador idóneo. Tenía sabiduría, habilidad y poder divinos. Pudo erguirse delante del mundo como un maravilloso Consejero, Dios poderoso. Padre eterno, Príncipe de paz (*Alza tus ojos*, p. 37).

Domingo 31 de diciembre: El Dios de este mundo

Las tentaciones de Satanás presentan las cosas terrenas y las hacen absorbentes y atractivas, para que eclipsen a las realidades celestiales y se ponga en primer lugar el apego a este mundo; y esto se ha convertido en un poder tan grande que únicamente la omnipotencia puede quebrantarlo. La obra de Satanás consiste en encadenar los sentidos a este mundo. Cristo vino para romper el encantamiento satánico, para contrarrestar la obra de Satanás, y llevar cautiva la mente, apartándola de las cosas terrenas para fijarla en las celestiales. Solamente él puede romper el encantamiento... Unos pocos años más y el mundo y toda su gloria, lo cual el poder encantador del gran engañador ha convertido en objeto de adoración, han de ser quemados, con todos los embellecimientos del arte humano. ¿Qué se encontrará entonces para compensar la pérdida del alma humana? (*Nuestra elevada vocación*, p. 287).

La verdad, implantada en el corazón por el Espíritu de Dios, desplazará el amor a las riquezas. El amor a Jesús y el amor al dinero no pueden morar en el mismo corazón. El amor a Dios sobrepasa de tal modo al amor al dinero, que su poseedor se aparta de sus riquezas y transfiere sus afectos a Dios. Luego, mediante el amor es inducido a satisfacer las necesidades de los menesterosos y a ayudar a la causa de Dios. Encuentra su satisfacción más intensa en disponer acertadamente de los bienes de su Señor. No considera como suyo todo lo que tiene, de modo que cumple fielmente su deber como mayordomo de Dios. Así puede observar los dos grandes mandamientos de la ley: “Amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas” (Deuteronomio 6:5); “amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Levítico 19:18.

En esta forma es como un rico puede entrar en el reino de Dios. “Y cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna”. Mateo 19:29. Esta es la recompensa para los que se sacrifican por Dios. Reciben cien veces tanto en esta vida y heredarán la vida eterna (*Consejos sobre mayordomía cristiana*, pp. 163, 164).

Lo que está desgastando los órganos vitales del pueblo de Dios es el amor al dinero y la amistad con el mundo. Es el privilegio del pueblo de Dios ser brillantes, fulgurantes luces en el mundo, aumentar su cono-

cimiento de Dios, y tener una clara comprensión de su voluntad. Pero los cuidados de esta vida y el engaño de las riquezas ahogan la semilla plantada en su corazón, y no llevan fruto para su gloria. Profesan fe, pero no es una fe viva, porque no está sostenida por las obras. La fe sola, sin obras, es muerta. Los que profesan una gran fe, y no tienen obras, no se salvarán por su fe. Satanás cree en la verdad y tiembla, no obstante esta clase de fe no tiene ninguna virtud. Muchos que han hecho una elevada profesión de fe son deficientes en buenas obras. Si mostraran su fe por sus obras ejercerían una poderosa influencia en favor de la verdad. Pero no aprovechan los talentos en bienes que Dios les ha prestado (*Testimonios para la iglesia*, tomo 2, p. 580).

Lunes 1 de enero: Llenar los graneros

El hombre rico estaba perplejo porque no sabía qué hacer con sus productos. Sus graneros estaban llenos hasta rebosar, y no tenía lugar en que poner el excedente de su cosecha. No pensó en Dios, de quien proceden todas las bondades. No se daba cuenta de que Dios lo había hecho administrador de sus bienes, para que ayudase a los necesitados...

Él cerró su corazón al clamor del necesitado, y dijo a sus siervos: “Esto haré; derribaré mis alfolíes, y los edificaré mayores, y allí juntaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes almacenados para muchos años; repósate, come, bebe, huélgate”.

Los ideales de este hombre no eran más elevados que los de las bestias que perecen. Vivía como si no hubiese Dios, ni cielo, ni vida futura; como si todo lo que poseía fuese suyo propio, y no debiese nada a Dios ni al hombre (*Palabras de vida del gran Maestro*, pp. 201, 202).

[Judas] tuvo toda oportunidad posible de recibir a Cristo como su Salvador personal, pero rehusó este don. No quiso someter a Cristo sus métodos y su voluntad. No practicó lo que contrariaba sus inclinaciones personales, y por lo tanto su espíritu muy avariento no fue corregido. Mientras continuó siendo un discípulo exteriormente, y hasta en la presencia misma de Cristo, se apoderaba de los recursos que pertenecían a la tesorería del Señor...

Judas pudo haber recibido el beneficio de estas lecciones, si hubiera poseído el deseo de tener un corazón recto; pero su tendencia a adquirir lo venció, y el amor al dinero se convirtió en una fuerza predominante. Mediante la indulgencia permitió que este rasgo creciera en su carácter y arraigara profundamente, a tal punto que desplazó la buena semilla de la verdad sembrada en su corazón (*Consejos sobre mayordomía cristiana*, p. 232).

Observé para ver quiénes de los que profesan aguardar la venida de Cristo estaban dispuestos a ofrecer, de su abundancia, sacrificios a Dios. Pude ver a unos pocos pobres y humildes, que como la viuda, se estaban privando a sí mismos para depositar sus blancas. Cada una de

esas ofrendas es considerada por Dios un tesoro precioso. Pero los que están ganando dinero y acumulando posesiones, están muy atrás. No hacen nada en comparación con lo que podrían hacer. Están reteniendo sus bienes y robándole a Dios, por temor de padecer necesidad. No se atreven a confiar en Dios. Esta es una de las razones que nos explica por qué, como pueblo, estamos tan enfermos, y tantos están yendo a la tumba... El hombre de la parábola no tenía dónde almacenar sus bienes, y el Señor puso fin a su inútil vida. De la misma manera va a obrar con muchos. Cuán difícil es, en esta era corrompida, no caer en la mundanalidad creciente y en el egoísmo.

Cuán fácil es ser desagradecidos con el Dador de todas nuestras mercedes. Se necesita mucha vigilancia y mucha oración, con toda diligencia, para guardar el alma (*Testimonios para la iglesia*, t. 2, p. 180).

Martes 2 de enero: El encanto del materialismo

Muchos que profesan creer en la Palabra de Dios parecen no comprender el engañoso trabajo del enemigo. No se dan cuenta que el fin del tiempo está cerca. Pero Satanás lo sabe y, mientras los hombres duermen, él trabaja. Los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida dominan a hombres y mujeres... Egoísmo, corrupción y maldad de toda clase han tomado firme arraigo sobre los corazones. Muchos desdeñan la preciosa Palabra de Dios. Una novela o un libro de cuentos ocupan la atención y fascinan la mente. Lo que estimula la imaginación es ansiosamente devorado, mientras la Palabra de Dios es rechazada.

El mundo es el principal enemigo de la religión. Fuerzas satánicas están continuamente trabajando de un extremo a otro del mundo, y es el objetivo de Satanás relacionar tan estrechamente a la iglesia y al mundo que sus blancos, sus espíritus, sus principios puedan armonizar, y que sea imposible distinguir entre los que profesan servir a Dios y los que no lo sirven. El enemigo trabaja continuamente para poner al mundo en la delantera (*En los lugares celestiales*, p. 311).

Las amonestaciones inspiradas del apóstol Pablo contra la complacencia propia continúan siendo válidas hasta nuestros tiempos... A los Gálatas los exhorta: “Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne”. Gálatas 5:16-17. Además indica algunas formas de pasiones carnales, tales como la idolatría y la borrachera...

Muchos profesos cristianos asegurarían hoy que Daniel fue demasiado exigente y lo tacharían de estrecho y fanático. Consideran de poca monta la cuestión de la comida y la bebida, como para requerir una actitud tan decidida y que pudiera involucrar el sacrificio de toda ventaja terrenal. Pero los que razonan de esta manera se darán cuenta en el día del juicio que se habían alejado de los expresos requerimien-

tos divinos y habían establecido su propio juicio como norma de lo bueno y lo malo. Entonces comprenderán que lo que para ellos parecía sin importancia, era de suma importancia ante los ojos de Dios. Las demandas de Dios se deben obedecer religiosamente (*Consejos sobre la salud*, pp. 68, 69).

Dios pide separación del mundo. ¿Obedecerá usted? ¿Saldrá de entre ellos y se mantendrá separado y diferente de ellos? Usted no puede mezclarse con los mundanos, participar de su espíritu y seguir su ejemplo, y ser al mismo tiempo un hijo de Dios. El Creador del universo se dirige a usted como un Padre afectuoso. Si usted se separa del mundo y sus afectos, y se mantiene libre de su contaminación, al huir de la corrupción que existe en el mundo por causa de la concupiscencia, Dios será su Padre, lo adoptará en el seno de su familia, y usted será su heredero. En lugar del mundo le dará, a cambio de una vida de obediencia, el reino que se encuentra debajo de todos los cielos (*Testimonios para la iglesia*, tomo 2, p. 41).

Miércoles 3 de enero: El amor al yo

Los seres humanos están constantemente tentados a considerar que cualquier influencia que hayan obtenido es el resultado de algo valioso que hay en ellos mismos. El Señor no obra con ellos, puesto que no dará a ningún ser humano la gloria que pertenece a su nombre. Dios pondrá a cada uno bajo su supervisión para que reconozca que al Señor pertenece toda la gloria de su éxito...

Concederá su sabiduría, su poder divino a cada uno que esté empeñado en su servicio. Hace de su siervo humilde y confiado su representante; el que no se ensalzará a sí mismo ni se tendrá en más elevado concepto del que deba. La vida del tal estará dedicada a Dios como un sacrificio vivo, y él aceptará esa vida, la usará y la sostendrá (*Alza tus ojos*, p. 241).

Poco a poco Lucifer llegó a albergar el deseo de ensalzarse. Las Escrituras dicen: “Enalteciose tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu resplandor”. Vers. 17. “Tú que decías en tu corazón:... Junto a las estrellas de Dios ensalzaré mi solio,... y seré semejante al Altísimo”. Isaías 14:13, 14. Aunque toda su gloria procedía de Dios, este poderoso ángel llegó a considerarla como perteneciente a sí mismo. Descontento con el puesto que ocupaba, a pesar de ser el ángel que recibía más honores entre las huestes celestiales, se aventuró a codiciar el homenaje que solo debe darse al Creador. En vez de procurar el ensalzamiento de Dios como supremo en el afecto y la lealtad de todos los seres creados, trató de obtener para sí mismo el servicio y la lealtad de ellos. Y codiciando la gloria con que el Padre infinito había investido a su Hijo, este príncipe de los ángeles aspiraba al poder que solo pertenecía a Cristo (*Patriarcas y profetas*, p. 13).

La Biblia no condena a nadie por rico, si adquirió honradamente su riqueza. La raíz de todo mal no es el dinero, sino el amor al dinero. Dios da a los hombres la facultad de enriquecerse; y en manos del que se porta como administrador de Dios, empleando generosamente sus recursos, la riqueza es una bendición, tanto para el que la posee como para el mundo. Pero muchos, absortos en su interés por los tesoros mundanos, se vuelven insensibles a las demandas de Dios y a las necesidades de sus semejantes. Consideran sus riquezas como medio de glorificarse. Añaden una casa a la otra, y una tierra a otra tierra; llenan sus mansiones de lujos, mientras que alrededor de ellos hay seres humanos sumidos en la miseria y el crimen, en enfermedades y muerte. Los que así dedican su vida al egoísmo no desarrollan los atributos de Dios, sino los del maligno (*El ministerio de curación*, p. 163).

Vi que los hijos de Dios están en terreno encantado, y que algunos han perdido casi todo sentido de cuán corto es el tiempo y de cuánto vale el alma. Se ha deslizado orgullo entre los observadores del sábado —el orgullo de la vestimenta y de las apariencias. Dijo el ángel: “Los observadores del sábado habrán de morir al yo, al orgullo y al amor de la aprobación”.

Vi que muchos pedían a Dios en oración que los humillase; pero si Dios contestase sus oraciones, sería mediante cosas terribles en justicia. Era deber de ellos humillarse. Vi que si se toleraba la penetración del ensalzamiento propio, extraviada sin duda alguna a las almas, y las arruinaría si no se lo vencía. Cuando uno comienza a considerarse exaltado y piensa que puede hacer algo, el Espíritu de Dios se retira, y esa persona sigue avanzando en su propia fuerza hasta que es derribada (*Primeros escritos*, p. 120).

Jueves 4 de enero: La absoluta inutilidad del materialismo

Pablo comprendía que su suficiencia no estaba en él, sino en la presencia del Espíritu Santo, cuya misericordiosa influencia llenaba su corazón y ponía todo pensamiento en sujeción a Cristo... En las enseñanzas del apóstol, Cristo era la figura central. “Vivo —declaraba—, no ya yo, mas vive Cristo en mí”. Gálatas 2:20. El yo estaba escondido; Cristo era revelado y ensalzado.

Pablo era un orador elocuente. Antes de su conversión, había tratado a menudo de impresionar a sus oyentes con los vuelos de la oratoria. Pero ahora puso todo eso a un lado. En lugar de entregarse a descripciones poéticas y cuadros fantásticos que pudieran complacer los sentidos y alimentar la imaginación, pero que no podrían alcanzar la experiencia diaria, Pablo trataba, mediante el uso de un lenguaje sencillo, de introducir en el corazón las verdades de vital importancia (*Los hechos de los apóstoles*, p. 204).

El que considera las cosas terrenales como el mayor bien, el que

dedica su vida al esfuerzo de obtener riquezas mundanales, ciertamente está haciendo una pobre inversión. Cuando sea demasiado tarde verá que aquello en que confía se desmorona en el polvo. Solo mediante la abnegación, mediante el sacrificio de las riquezas terrenales, se pueden obtener las riquezas eternas. El cristiano entra en el reino de los cielos por medio de mucha tribulación. Constantemente debe librar la buena batalla, y no deponer sus armas hasta que Cristo le dé reposo. Solo al dar a Jesús todo lo que tiene puede asegurarse la herencia que durará por toda la eternidad (*Cada día con Dios*, p. 150).

Cristo habla: “¿Qué aprovechará al hombre, si granjeare todo el mundo y perdiere su alma? (Marcos 8:36).

Dios desea que escojamos lo celestial en vez de lo terrenal. Nos presenta las posibilidades de una inversión celestial. Quisiera estimular nuestros más elevados blancos, asegurar nuestro más selecto tesoro. Declara: “Haré más precioso que el oro fino al varón, y más que oro de Ofir al hombre”. (Isaías 13:12). Cuando hayan sido arrasadas las riquezas que la polilla devora y el orín corrompe, los seguidores de Cristo podrán regocijarse en su tesoro celestial, las riquezas imperecederas (*Palabras de vida del gran Maestro*, pp. 307, 308).

Viernes 5 de enero: Para estudiar y meditar

Palabras de vida del gran Maestro, “El mayor peligro del hombre”, pp. 198-203.